

Niñez y juventud: Dislocaciones y mudanzas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Dr. José Lema Labadie, **Rector General**

Mtro. Javier Melgoza Valdivia, **Secretario General**

UNIDAD XOCHIMILCO

Dr. Cuauhtémoc V. Pérez Llanas, **Rector de la Unidad**

Lic. Hilda Rosario Dávila Ibáñez, **Secretaria de la Unidad**

PROGRAMA INFANCIA

M. en R. N. Norma Del Río Lugo, **Coordinadora**

CHILDWATCH INTERNATIONAL RESEARCH NETWORK

RED LATINOAMERICANA Y DEL CARIBE

Irene Rizzini, **Presidenta**

Ilustración de portada: Dr. Luis Fernando Guerrero Baca

Formación: D.C.G. Patricia Hernández Cano

Colección TODOS JUEGAN

ISBN de la Colección 970-654-591-0

ISBN de Niñez y juventud. Dislocaciones y mudanzas 978-970-31-0782-7

© Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

Primera edición: 2007

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

Calzada del Hueso 1100, Col. Villa Quietud

México, D.F. 04960

Impreso y hecho en México

Niñez y juventud: Dislocaciones y mudanzas

Norma Del Río Lugo
(Coordinadora)



Childwatch
INTERNATIONAL
RESEARCH NETWORK



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Índice

Introducción Norma del Río	9
Ciudades inhóspitas Luz Chapela	17
Las escuelas primarias públicas de la ciudad de México frente a la diversidad cultural Nathalie Coutu	31
Trayectorias (im)previsibles Ricardo Fletes Corona y Sabine Cárdenas Boudey	51
La trayectoria del niño de la calle: entre inestabilidad y continuidad Ruth Pérez López	71
Entre la casa, las calles y las instituciones: Reflexiones sobre la violencia en las vidas de niñas, niños y adolescentes en Río de Janeiro Irene Rizzini, Udi Mandel Butler, Paula Caldeira, Alexandre Bárbara Soares	89

Políticas Públicas y la democratización del espacio público: Reflexiones a partir de un Punto de Cultura en Rocinha Carla Daniel Sartor	111
La transformación posible: del uso segregador de los espacios a formas negociadas de convivencia Norma Del Río Lugo	129
La comunicación y los actores sociales en el espacio público contemporáneo Fernando Resende	145

Ciudades inhóspitas

Luz Chapela¹

◆ EL DERECHO A HABITAR UN TIEMPO Y UN ESPACIO

El tiempo y los espacios urbanos contemporáneos esconden una violencia inaudita derivada de la casi absoluta exclusión económica (y por lo tanto política, social, jurídica, ecológica, cultural, étnica o lingüística) de poblaciones que huyen de las zonas rurales. Huyen a las ciudades perseguidas por la sequía, la inundación por presas o el agotamiento de sus tierras, o el narcotráfico. O se desplazan como consecuencia de la asignación de precios, productos y tareas que, de manera arbitraria y con la expansión de los capitales hegemónicos al centro del razonamiento, marca la economía global a cada uno de los pueblos, naciones y regiones del planeta. Niños en la calle, seleccionadores de basura, albañiles -sin contrato, seguridad o límites a sus jornadas de trabajo-, cargadores, limpiadores de parabrisas en las esquinas o francos inactivos no por opción sino porque no encuentran actividad remunerada, forman una población que, sin acceso a recursos ni a oportunidades reales, sobrevive en calles, alcantarillas, baldíos, sótanos, azoteas o colonias perdidas. Se trata de pobladores imposibilitados de satisfacer una necesidad eminentemente humana: la necesidad de habitar el mundo de, literalmente, sentar los propios reales en un momento del tiempo y en un lugar del espacio para dar significados y sentidos propios (personales, familiares, sociales) a las cosas del mundo, para diseñar y perseguir empresas, para mejorar el entorno, para pertenecer activa y propositivamente a una biosfera, a un

¹ Escritora infantil, bióloga y divulgadora de la ciencia, especialmente en temas de innovación educativa y educación intercultural.

grupo humano y a una sociedad mundial con quienes cada quien pueda dialogar, debatir y construir acuerdos sin perder su integridad, desde su autonomía, con competencia y con recursos abundantes para hacerlo. Habitar en este sentido es una necesidad humana y, por lo mismo, es un derecho humano al que difícilmente tienen acceso las poblaciones urbanas excluidas y marginadas. A estas poblaciones que son muchas, son grandes y crecen de manera exponencial, las ciudades les resultan inhóspitas e inhabitables.

¿Cuál es el sentido del término habitar? ¿Qué características debe tener el habitador y cuáles la habitación? ¿Hay condiciones básicas sin las cuales no? ¿Qué implicaciones tiene el poder decir estoy, estás, estamos en casa? Y si salimos de casa, ¿podemos regresar a ella? ¿Qué es un hogar? ¿Cómo se relaciona la habitación con la naturaleza humana? Éstas y otras preguntas flotan en el aire cuando reflexionamos, con visión sociológica y desde la perspectiva humana en torno a las poblaciones urbanas contemporáneas. Son preguntas que no tienen y no merecen respuestas simples o cerradas y que, posiblemente, enriquecen el análisis político, jurídico, económico, cultural, ecológico o social que pone a debate el tema de la marginación y la exclusión urbanas. Son preguntas que pueden favorecer la construcción de nuevos paradigmas que, quizá, nos permitan reformular nuestros pactos sociales. Y nos urge reformularlos. La búsqueda de respuestas para estas preguntas tal vez permita a los investigadores la construcción de nuevos sujetos de estudio más ricos y complejos, así como la inclusión de puntos de enfoque alternativos. O quizá favorezca el surgimiento de otros agentes emergentes con otros perfiles, recursos y mandatos que estudien y diseñen propuestas para la inclusión de todos en la vida de las grandes ciudades. En todo caso, consideramos que esta perspectiva de la habitación humana como necesidad (y por lo mismo como derecho) puede contribuir a visibilizar la inmensa violencia y la flagrante violación a las leyes nacionales y a los acuerdos internacionales que supone la existencia de numerosas y diversas poblaciones urbanas que crecen de manera permanente y que viven excluidas del acceso a recursos, oportunidades y servicios. Es posible que estas preguntas sugieran también otras acciones y otros sistemas de acciones interdisciplinarias e intersectoriales que dialoguen, desde el pensamiento complejo y con la inclusión en la mira, con el tema de la habitación, en el sentido humano.

Habitan las personas, las familias, las comunidades, los pueblos, las naciones y también las regiones. Habitar es un acto abierto, es un proceso que supo-

ne continuidad en la acción. Se habita con empresa y, como en el caso de cualquier empresa, quien habita necesita reunir un conjunto complejo de condiciones dadas y necesita mantener vigentes esas condiciones dadas. Desde la perspectiva del habitar tenemos que distinguir la noción de sobrevivir, que se refiere a un mero mantenimiento de la vida, de la noción de vivir que supone, entre otras cosas, tener a salvo la propia integridad, generar energía para la acción, mantener a raya a las enfermedades, nombrar, y dar significados propios a las cosas, establecer sistemas de cosas y conocer los sistemas y los significados de otros, aprender, imaginar, pensar, narrar, escuchar las narraciones de otros, comunicar y expresar sentimientos, establecer relaciones interpersonales y mantenerlas, gozar de los beneficios de los sistemas de impartición de justicia, trabajar, jugar, acumular conocimientos, compartirlos y transmitirlos, pertenecer con horizontalidad a una sociedad o generar proyectos y hacer arte. Se trata de una manera de vivir rica y compleja.

Para los pobladores urbanos las condiciones para vivir así, no con sobrevivencia sino con capacidad de habitar realmente un tiempo y un espacio, están relacionadas en gran medida con los servicios y oportunidades que les brindan o no les brindan las ciudades: seguridad, higiene ambiental, empleo, vivienda, educación, servicios de salud, herramientas conceptuales y técnicas para el trabajo, crédito, o acceso competente a acervos, modelos, fuentes de asesoría, medios, mercados o redes, entre otros. Todos estos son insumos que se necesitan juntos, no uno a uno, no algunos sí y otros no, son insumos que constituyen un sistema necesario en sí mismo. Sin este sistema de insumos, la posibilidad de habitar, en el sentido humano que narramos, se vuelve un evento altamente improbable. Privar a las poblaciones de estos insumos constituye un acto mutilante de violencia extrema que incumple con las convenciones de los derechos constitucionales y humanos y deja a las poblaciones vulneradas inermes ante un futuro que ven venir, involuntariamente pasivas y expoliadas.

Más allá de la supervivencia, las personas (los grupos, las sociedades) tienen la necesidad de construir un mundo propio que responda a lo que cada quien cree, necesita o anhela, tienen la necesidad de transformar su mundo para mejorarlo, tienen la necesidad de heredar a sus descendientes este mundo que construyen sobre las construcciones de sus antepasados. Desde el punto de vista semiológico, las personas tienen sed de significados, necesitan conocer los significados que otros -propios y extraños- dan a las cosas del

mundo. Y también necesitan construir sus propios significados y asignarlos a sus cosas más propias, más cercanas. Significar las cosas es también darles sentidos y rumbos, es establecer determinadas relaciones entre las cosas, es construir una gramática del mundo, para hacerlo propio y dialogar con él, con elocuencia. En gran parte, las sociedades se construyen a partir de diálogos y debates que revisan, en el espacio público, los significados diversos de las identidades diversas que las constituyen. Fernando Resende, en este mismo libro, desarrolla de manera generosa la idea del espacio público como arena en la que se juega un poder, el poder de significar y resignificar las cosas que más importan a las personas, a los grupos y a las sociedades. A través de este debate, dice Resende, se transforman y recrean de manera constante los significados, los sujetos, los roles, las relaciones y también se transforma el propio espacio público y, así, se recrean las sociedades. No se trata de que cada quien viva en su mundo personal (grupal-social) cerrado y solipsista, se trata de que cada quien pueda estar consigo mismo y, desde la propia autonomía, con lo otro y con los otros.

Quien, además de tener elementos para vivir con seguridad y salud, produciendo suficiente energía para la acción cuenta con elementos para significar y para poner a debate sus significados, satisface la necesidad de habitar su tiempo y su espacio al dar a estos un rumbo y un sentido propios que respondan a los propios principios, memorias, creencias, preguntas, prioridades, necesidades o anhelos, debatidos con otros, recreados con otros. Sin embargo, para habitar así se necesitan insumos: información, lenguajes diversos, vocabulario amplio, identidad fuerte, conocimientos, habilidades comunicativas, relaciones sociales, imaginación, creatividad, experiencias exitosas de diálogo y debate, interlocutores que quieran expresar lo propio y escuchar lo ajeno, capacidad de escuchar, de construir argumentos y proponerlos en la arena pública de la que habla Resende... Es evidente que, en condiciones de marginación y exclusión, en ausencia de estos insumos, habitar se convierte en un asunto vedado.

Por otra parte en las ciudades, para construir significados desde la identidad con garantías para la propia integridad, lo mismo que para entrar al espacio público con argumentos propios y someterlos a debate, se necesitan condiciones materiales y también sociales. Hace falta una casa con servicios completos de seguridad, luz, drenaje, agua potable, vías y medios de comunica-

ción. Hace falta un espacio personal (grupal, social) con límites precisos que lo distinguan del espacio público y que sirva como fortaleza para la protección, como nido para la gestación de ideas, como laboratorio para la experimentación entre pares, como trinchera para la recomposición necesaria tras los encuentros con otros, como plataforma de lanzamiento o como centro al que acuden, a invitación expresa, amigos y familiares (según se trate de personas o sociedades estos espacios pueden ser, casas, unidades habitacionales, jardines, plazas, canchas de juego o teatros, por ejemplo). Hacen falta silencio para el estudio y la búsqueda de información, tiempo para la introspección y la tertulia entre pares, privacidad (personal, social), amigos, colegas, cómplices y asesores. Y hace falta ejercer, de vez en cuando, desde la propia habitación, el tan amable rol de anfitrión para otros invitados. A todo esto tenemos derecho todos los seres humanos.

Aunque parezca obvio y para indicar algunas de las muchas dimensiones de la exclusión, es necesario decir que en los espacios urbanos, para habitar de esta manera humana que narramos, hacen falta empleos (con contratos, salarios fijos, jornadas de trabajo no mayores de ocho horas y descansos regulares) o recursos y condiciones para emprender con éxito una actividad dentro de la economía formal. Y hace falta un espacio público seguro con reglas conocidas por todos y consensuadas, en el que las personas (los grupos, las sociedades) puedan construir redes de apoyo mutuo y trabajo cooperativo, realizar celebraciones y ceremonias rituales compartidas y tender vínculos sociales al interior de los grupos y también hacia otras comunidades. Pertenecer a una cultura y a un grupo social, usar la lengua materna en los espacios públicos, gozar del respeto de los vecinos, tener la capacidad de convocar, tener el privilegio de ser convocado y participar en la toma de decisiones relacionadas con lo propio (mediato o inmediato), son condiciones sin las cuales las personas (los grupos, las sociedades) no pueden habitar su tiempo y su espacio.

Y, como ya dijimos, hacen falta, además de una identidad clara, fuerte y abierta, destrezas relacionadas con la selección y el procesamiento de información, el análisis de la herencia propia, el uso de medios, el desarrollo de procesos de razonamiento, la capacidad de pedir explicaciones y de ofrecerlas, la narración de lo propio, la escucha atenta a los otros, la inclusión de lo otro en los esquemas propios y la plasticidad lógica, la imaginación creativa, la

respuesta valiente al conflicto y la capacidad de formular hipótesis y preguntas y de negociar acuerdos de manera incluyente y constructiva.

La marginación y la exclusión urbanas significan mucho más que la disminución de la capacidad de vivir y reproducir la vida, significan el impedimento violento y, en muchas ocasiones irreversible y heredable, de habitar con autonomía un tiempo y un espacio.

Todos (personas, grupos, comunidades, pueblos, sociedades) necesitamos habitar. Nadie se escapa. Borges confiesa que él habita y nos cuenta cómo cuando dice: "grato es vivir en la amistad oscura de un zaguán, una parra y un aljibe". Posiblemente la Premio Nobel de literatura Toni Morrison también comprende dentro de esta línea social la idea de habitación cuando describe una granja (casa, granero, pozo, huerto, corrales...) que en un momento del tiempo y en un sitio dados, se levanta metafóricamente cargada de trabajo, frutos y memorias y se muestra a la comunidad local como un testigo mudo lleno de conocimientos, vivencias, relatos, imágenes, emociones y principios. En *La canción de Salomón*, Morrison dice que aquella granja "llenaba su vida [de la localidad] de colores, como una brocha de pintor, y hablaba como si ella misma fuera un sermón público que se dirigía a la comunidad".

Insistimos, habitar es una necesidad humana y, por lo mismo, un derecho. Sin embargo y como vemos, habitar es un acto complejo que pide infraestructura, relación, vínculos y, de manera especial, acción (la habitación se construye, la capacidad de habitar se desarrolla, el diálogo se teje). Sin infraestructura, sin acción, sin herramientas o recursos, el acto humano de habitar se dificulta o se vuelve imposible. En nuestros mundos urbanos hay millones de personas que viven en condiciones de marginación y exclusión, sin infraestructura y sin acceso a recursos, empresas o interlocutores. La sociedad en su conjunto no puede cerrar los ojos ante esta realidad. Es necesaria la acción de muchos, es necesaria la acción colegiada. Consideramos que a institutos y universidades les corresponde la responsabilidad de construir, desde la perspectiva de las necesidades humanas, nuevos marcos y nuevas categorías de análisis que permitan ver, con otros ojos y desde otras perspectivas, otras dimensiones de la exclusión urbana. Necesitamos compartir y usar estos nuevos marcos. El razonamiento compartido guiado por estos marcos nuevos nos permitirá habitar los espacios académicos y políticos con ideas nuevas que tal vez nos permitan formular otras preguntas más amplias, más justas, más urgentes que den lugar a

otros paradigmas, debates y propuestas. Dice Gabriel Zaid que el razonamiento compartido es obra pública. Hagamos obra pública para que el progreso académico se refleje en un mejoramiento ético y político de nuestras sociedades. Dice Edmond Jabés en el *Libro de los márgenes* que "la verdad es una daga a las puertas de las noches prohibidas". Tal vez ha llegado el momento de entrar juntos, conceptualmente armados y de manera colegiada, en las noches prohibidas.

◆ LA VIDA URBANA EN LOS MÁRGENES

Una visita al *Planet of slums*, de Mike Davis (aún sin traducción)

En el marco de la globalización económica y prófugos entre otras cosas del cambio climático, la urbanización o la desertificación, y perseguidos por una simplista moral binaria que no sólo define pontificiamente el bien y el mal sino que sabe con certeza absoluta dónde está el bien y dónde el mal (moral en la que encuentra nicho una homogenización cultural rampante), millones de personas (grupos-sociedades) buscan refugio en las crecientes ciudades del mundo, con la intención abierta de habitarlas. Sin embargo, las ciudades no tienen ni tiempo ni espacio para estas poblaciones ni les ofrecen acceso real a oportunidades reales. Personas y grupos son arrojados con violencia a los márgenes (externos o interiores) de las ciudades, sin infraestructura o servicios, sin condiciones para expresar su identidad. Mientras tanto, las clases medias y altas se resguardan en búnkers electrificados, dan la espalda a los marginados y, con pensamiento mágico, tratan de olvidarlos. Suman millones y millones las personas urbanas excluidas y marginadas. Estas personas constituyen la clase social del planeta que crece con más velocidad y desarrolla un crecimiento exponencial sin precedentes.

Los pobladores de las zonas marginadas y excluidas viven sin nombre propio porque los nombres deben corresponder a los sujetos y a los marginados se les asigna un nombre que no corresponde a su realidad. Los grupos sociales sí incluidos en los proyectos económicos (y por lo tanto, como ya dijimos, ecológicos, lingüísticos, jurídicos, políticos o culturales) han construido más que un nombre, un eufemismo: *trabajadores del sector informal*. Este eufemismo permite a los incluidos esconder en algún lugar de sus mentes la realidad marginada y les permite no hablar de exclusión, expoliación o desempleo. En el

discurso de los incluidos, lo que hay son agentes potencialmente ricos, empresarios ascendentes que están a punto de saltar, llenos de destrezas adquiridas durante sus tiempos precarios, al sector de la economía formal. Hay quien dice que esta población juega un rol macroeconómico de relativa importancia. En realidad, se trata de pobladores sin empresa o empleo que sobreviven a la defensiva y cuyo eventual trabajo no deriva en la consecución de un empleo asalariado en el mercado formal o en la posibilidad de hacer empresas. Se trata de personas y grupos que no tienen y difícilmente podrían tener un papel activo dentro del mundo de la economía. Si hay que decir la verdad, se trata de excluidos.

Los espacios en que estas poblaciones se hacinan en tugurios, alcantari-llas, azoteas o ciudades perdidas, lejos de ser centros de prosperidad, son refugios precarios que, físicamente, las alejan de los puntos de oportunidad y, socialmente las estigmatizan. En estas comunidades la reproducción social de las formas tradicionales de organización, celebración y trabajo se vuelve difícil cuando no imposible y, en contraste, las propuestas culturales hegemónicas tienen entrada franca.

La vida diaria pide una improvisación permanente. Dentro de las comunidades marginadas, la elite está formada por aquellos afortunados que pueden repetir una única actividad económica durante un tiempo largo (seleccionar desperdicios con el permiso de un poderoso que administra el acceso a los basurales, vender ropa usada para el beneficio del dueño de la mercancía...). El resto hace lo que puede hacer cada día nuevo, sobrevive como puede y en las condiciones que puede. Las personas que viven en estas condiciones, no tienen acceso a nuevos nichos habitables y, en consecuencia, subdividen los pocos y precarios nichos que ya tienen, para resolver sus necesidades de vivienda y relación. La movilidad social ascendente de estas poblaciones resulta un auténtico mito, el movimiento, en la mayor parte de los casos, es descendente.

Son muchos los puntos que tienen en contra aquellos que viven en estos centros marginales. No son empresarios dinámicos sino desempleados que viven en condiciones de subsistencia, sin posibilidad de acumulación alguna ni siquiera en los niveles micro. Son pobres muchas veces explotados dentro de su misma comunidad por una pequeña burguesía interna que los expolia en el más puro estilo del capitalismo salvaje. Albañiles, lavaplatos eventuales, cargadores, jaladores de carromatos para el transporte público que casi siempre son

propiedad de otros, costureros, prostitutas o vendedores de sangre y de órganos, constituyen un sector invisible cuya población difícilmente aparece en las investigaciones, como difícilmente aparecen las redes de explotación a las que son sometidos o los explotadores que consiguen actuar sin que nadie pueda registrarlos y al amparo de un sistema de protección para-legal que ellos mismos controlan.

Este reino está regido por iglesias y cultos proféticos, bandas callejeras, en ocasiones milicias, redes de narcotráfico, organizaciones políticas sectarias que medran con la necesidad o sistemas tribales de lealtad que, en su conjunto y de maneras específicas, operan exclusiones políticas, étnicas y religiosas y construyen inmensas redes de poder y explotación. Ahí, en medio de la pobreza, los servicios de cuidado diario y la educación privada con mínimo nivel de calidad hacen su agosto. Al margen de los derechos establecidos para el mundo incluido, los excluidos trabajan en ausencia de contratos formales y al margen de las leyes por lo que, entre otras cosas, tienen un nulo poder de negociación. Trabajan en sistemas que tienen un capital de inversión mínimo y que exigen, para los dueños de este capital escaso, altos niveles de ganancia. En este mundo nada está registrado y, evidentemente, nada está sometido a impuestos.

Dentro de todo, estos excluidos de casi todos los servicios y de casi todas las oportunidades, enfrentan barreras imposibles de franquear cuando buscan migrar a regiones más ricas. No son ellos los que nutren de manera central los flujos migratorios internacionales, carecen de competencia para hacerlo.

Como consecuencia de este conjunto de factores (precariedad, escasez, falta de servicios y acceso a oportunidades, lucha inequitativa contra una oferta infinita de trabajo mejor calificado...), al interior de estas poblaciones se genera una competencia que aún con darse entre marginados, puede ser feroz y también excluyente por lo que la marginación también produce el debilitamiento o la ruptura de los lazos y las redes de autoayuda y solidaridad que resultan esenciales para cualquier identidad, cualquier grupo y cualquier sociedad.

Lejos de conseguir analizar su causa y generar estrategias de salvamiento (la hipótesis de Mike Davis parece ser precisamente que no existe estrategia alguna que les permita salir de las favelas) estas poblaciones desahogan la tensión y el conflicto inevitables trasladándolos del ámbito político y económico a otros ámbitos domésticos, en apariencia, más sencillos y manejables. Esto

genera distintos procesos de violencia interna étnica, social, religiosa política y cultural orquestada o permitida por dueños y padrinos que usan la coerción y la violencia para regular la competencia y proteger sus inversiones. Desde el punto de vista político, este sector de nuestras sociedades, en ausencia de leyes regulatorias, constituye un auténtico reino semifeudal contemporáneo.

¿Quién tiene la palabra?

La exclusión y la marginación urbanas, con toda la pobreza que suponen en todos los sentidos, es una realidad compleja que lejos de disminuir, avanza de maneras aparentemente irreversibles y rampantes. Ante esta realidad no hay respuestas sencillas. Como grupos académicos, como organismos públicos, como agentes privados y como grupos sociales necesitamos pensar de maneras complejas, interdisciplinadas e intersectoriales. Las respuestas parciales no consiguen resultados amplios y, en este mundo globalizado y globalizante, las respuestas que necesitamos son complejas.

Consideramos importante dimensionar la magnitud de la exclusión y la marginación a la luz de las necesidades humanas que dan lugar en consecuencia a los derechos humanos. El análisis económico no basta. La pobreza, cuando se ve únicamente desde la economía no habla de muchas dimensiones que debilitan y llenan de miseria la vida humana de personas, grupos y sociedades (de pueblos, naciones y regiones enteras). Consideramos necesario, hacer visibles las muchas y diversas dimensiones de empobrecimiento que suponen la exclusión y la marginación urbanas y conseguir que todos los sectores que forman nuestras sociedades nacionales tomen conciencia de una realidad creciente y devastadora que se vive a diario, con mayor o menor grado de penetración, en todas las grandes urbes del planeta, al margen de todas las convenciones legales nacionales e internacionales y a pesar de las muchas herramientas que, para combatir la pobreza, han ideado los países como naciones y las organizaciones de naciones de la tierra.

Los niños en la calle, los prostitutas y las prostitutas, los lavacoches, los tragafuego, los limpia-parabrisas o los cantantes en el transporte público están en todas las ciudades recordándonos la necesidad urgente de imaginar otros pactos sociales y otras maneras económicas de producir y distribuir la riqueza. Dice un humanista brasileño: "en las ciudades grandes nadie duerme:

los pobres porque tienen hambre, los ricos porque tienen miedo de los pobres que tienen hambre..." (De Castro, J., 1975). Si analizamos esto con pensamiento complejo podemos ver que no se trata de dos realidades paralelas (que, por definición, no se tocan) sino de una sola realidad sistémica de la que todos formamos parte. Las poblaciones marginadas y excluidas son nuestras poblaciones, son asunto de todos, forman parte de nuestras sociedades. Están ahí y nos indican la necesidad de un nuevo pacto (ya lo dijimos), de nuevos paradigmas económicos, de nuevas herramientas no asistencialistas para la producción, la relación, la inclusión y el diálogo.

En tanto construimos otras maneras de pensarnos como sociedad global y desarrollamos otros pactos y otras herramientas que permitan a todos habitar la tierra con autonomía y empresa creativa y alternativa, necesitamos que nuestros programas de investigación y acción estén diseñados, desde la interdisciplina, para ser operados -de manera compleja, complementaria y resonante- por agentes de todos los distintos sectores que, paradójicamente, trabajan en un solo espacio: el espacio público, como espacio complejo constituido por muchas y muy variadas dimensiones. Realizar programas diseñados desde la mono disciplina, operados por un solo sector y dirigidos a unos cuantos pobladores selectos ya no es ya una opción verdadera. Necesitamos actuar de manera abierta, incluyente y colegiada.

Necesitamos diseñar grandes y complejos programas que permitan a las poblaciones marginadas y excluidas incorporarse a los procesos económicos con satisfacción, competencia y creatividad y que estén constituidos, además de por los componentes productivos necesarios (infraestructura, recursos, tecnología, agentes competentes, organización, acceso privilegiado a mercados de privilegio...), por componentes destinados a conseguir para todos, vivienda, agua potable, drenaje, recolección de basura y electricidad, servicios y espacios de seguridad, transporte público y acceso a medios de información, estudio, asesoría y comunicación.

Sin embargo, con esto no basta. Los componentes económicos no son suficientes en sí mismos si suponemos que habitar es un acto que pide agentes con capacidad de generar propuestas alternativas y propias. Visto desde este punto de vista, nuestros programas, además de todo lo ya dicho, necesitan incluir componentes relacionados con el acceso a tiempos y espacios de descanso, silencio, juego libre y privacidad para la reflexión, el estudio, el diálogo el

debate entre pares y la tertulia; componentes relacionados con el acceso a la información y la habilidad para seleccionarla, organizarla, almacenarla y usarla y para el acceso dialógico a manifestaciones culturales y paradigmas diversos (Internet y la red mundial pueden jugar un importante papel sin precedentes) así como la inscripción activa y propositiva en redes y redes de redes de comunicación académica, cultural, social, política, ecológica, económica o urbana...; componentes relacionados con la construcción y el fortalecimiento de identidades claras y reflexivas, de lenguajes y vocabularios ricos y abundantes, de conocimientos gramaticales, de habilidades narrativas, expresivas y prospectivas, de construcción de competencias para enfrentar el conflicto, distinguir puntos de acuerdo y alcanzar consensos incluyentes y creativos...; componentes relacionados con el aumento en la capacidad de personas y poblaciones excluidas y marginadas de identificar o construir, con apego a la realidad y con base en su capacidad de empresa, motivos de esperanza. Y necesitamos programas complejos que incorporen componentes relacionados con el análisis, la creación, la gestión y la administración del espacio público, como recurso sin el cual no, las personas y las poblaciones pueden, a partir del diálogo y el debate creativos e incluyentes, construir, recrear y compartir sus propias ideas, preguntas, propuestas, sentidos y significados para establecer procesos de razonamiento compartido que, a la manera que indica Zaid, hagan una obra pública tal que, según indica Amartya Sen, propicie la empresa autonómica que amplíe y dé cauce las libertades.

En consecuencia, tendremos que trabajar en la formación de equipos de reflexión, diseño y trabajo integrados por personas con apertura interdisciplinaria y con perfiles complementarios, así como en la construcción de otras nuevas maneras de concebir el tiempo, el espacio, la globalización, la complejidad, la biosfera, la economía, la diversidad, la cultura, la lengua, los medios, las sociedades o las necesidades humanas. Necesitamos equipos intersectoriales que consideren como materia del trabajo social, al mismo tiempo y de manera vinculada, la herencia, el contexto, la coyuntura, los conocimientos, los recursos, las necesidades, los anhelos, los principios, las prioridades, las redes sociales, los derechos, el trabajo y los sistemas de leyes o los sentidos y significados que cada persona, grupo, comunidad o pueblo, asigna al mundo al que pertenece.

Porque, así como estamos, en medio de esta realidad globalizada y como dijimos, globalizante, la economía, con toda impunidad, está realizando un violento y activo proceso de selección que incluye a unas poblaciones sí y a otras no, que a unas poblaciones les da acceso a recursos y oportunidades mientras que a otras primero las rechaza, luego las margina para, finalmente, excluirlas. Los afortunados incluidos, desde sus búnkers y caminos cerrados, quieren creer que se trata de dos mundos distintos que no se tocan. Para conseguir tranquilidad moral y combatir la zozobra, se defienden construyendo visiones imaginarias en las que lo que predomina son la armonía y la paz social. Les gustaría desaparecer a los excluidos, a quienes consideran redundantes. Al no poder hacerlo, les dan la espalda.

Mientras tanto, esos millones crecientes que constituyen las poblaciones excluidas, viven abrumados, expoliados, al margen del beneficio de la ley, bajo el dictado del más fuerte y sin acceso a recursos ni oportunidades. Los excluidos no encuentran un tiempo y un espacio propios, no encuentran una oportunidad para sí sólo por una simple razón: porque no caben en el diseño económico global contemporáneo. ¡Hay que ver con todos sus detalles la suprema violencia que implica esta exclusión en un momento y un tiempo en que el planeta realiza una devastadora e implacable globalización rampante! Estamos ante un nuevo rostro de la inequidad, más radical, más cruel, ¿más absoluto? ¿Involucionan nuestras sociedades? ¿No resulta candoroso creer que, en pleno siglo XXI la necesidad ajena no es también nuestra? ¿De qué sirve hoy por hoy el asistencialismo?

Necesitamos revisar nuestro mundo y, con él, revisarnos nosotros. Necesitamos llamar a las cosas emergentes con nombres emergentes. Necesitamos nuevas verdades, nuevos marcos, nuevas estrategias. Necesitamos pensar de manera compleja, con la inclusión como propósito, con los derechos humanos como marco, con la defensa de la biosfera (la única, la que es de todos) y la diversidad biológica y social al centro del debate. Necesitamos recuperar conciencia, desde la idea de humanidad, del valor casi ontológico que supone la prevalencia de las distintas soberanías (alimentaria, política, cultural, social, lingüística...) de las diversas personas, grupos y comunidades de la tierra. Y necesitamos relacionar estas soberanías con el análisis colegiado de las necesidades humanas para construir juntos una posibilidad real de que, en nuestro mundo, prealezcan la vida y los derechos universales.

Los límites urbanos más extremos son zonas extremas de exilio extremo y despiadado. ¿Podemos pensar que estamos ante un callejón sin salida? La historia nos dice que no existe tal cosa como la no salida. De acuerdo con la teoría de los sistemas abiertos, siempre hay puertas y fronteras permeables, siempre hay diálogo y movimiento, nada se detiene, todo se expande, se recompone y se recrea. Tal vez muchas de las respuestas que buscamos no vendrán de los incluidos sino de los que no están dentro. Dice Davis que ellos, los excluidos, tienen de su lado a los dioses del caos. Lo cierto es que mientras tanto y, nuevamente de acuerdo con Davis, las barriadas del mundo, entendidas como un todo, se han convertido en el punto más débil del orden mundial contemporáneo.

◆ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BORGES, Jorge Luis (1979). "Un patio", *Fervor de Buenos Aires* (1923), en *Obra poética 1923/1977*, Alianza Editorial, Madrid.

DAVIS, Mike (2006). *Planet of slums*, Londres / NY:Verso.

DE CASTRO, José (1975). *Geografía del hambre*. Buenos Aires: Solar/ Hachette.

JABÉS, Edmond (2004). *El libro de los márgenes I. Eso sigue su curso*, Madrid: Colección Arena.

MORRISON, Toni (2004). *La Canción de Salomón*, Barcelona : Plaza & Janés, Nuevas Ediciones de Bolsillo.

ZAID, Gabriel (1974). *La máquina de cantar*, México: Siglo XXI.